

ESPOSICION HISTÓRICO-CRITICA  
**DE LOS SISTEMAS FILOSOFICOS MODERNOS**  
**Y VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.**

**TOMO IV.**

**1**



# ESPOSICION

HISTÓRICO-CRÍTICA

## DE LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS MODERNOS

Y VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.

POR

DON PATRICIO DE AZCÁRATE.

---

**TOMO IV.**

---

MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.



# PARTE TERCERA.

## SISTEMA PSICOLOGICO.

---

HISTORIA.

### CAPITULO PRIMERO.

Historia de la escuela escocesa.—Ideas preliminares.—Filósofos sentimentalistas.—Shaftesbury.—Butler.—Hutcheson.—Kames.—Smith.—Ferguson.—Mackintosh.—Filósofos racionalistas.—Reid.—Price.—Beattie.—Oswald.—Dugald Stewart.

El mundo de la materia y el mundo de los espíritus, dice To-  
fail, son como dos esposas de un mismo marido, que no puede  
este complacer á la una sin irritar á la otra. Este es el cuadro  
que nos presentan los dos sistemas que hemos examinado. El  
sistema empírico es el mundo de la materia, el sistema idealista  
es el mundo de los espíritus, y les hemos visto en continua lu-  
cha haciendo cada uno esfuerzos increíbles por quedar dueños  
del campo, pero sin conseguirlo ni uno ni otro, porque cuanto  
mas se han encarnizado en la pelea, han sido mayores las dis-

tancias que los separan, hasta el punto de sumirse el uno en un mezquino materialismo, y elevarse el otro á la region del infinito, hasta el punto de encontrarse con el no-ser, con la nada, y dos enemigos que cuanto mas combaten mas se alejan, hacen imposible el triunfo del uno sobre el otro. Buscar, pues, los principios de la certidumbre y de la ciencia, lanzándose directamente al mundo material, como ha hecho el empirismo, ó al mundo del infinito, como ha hecho el idealismo, es encontrarse con dos simas, en que se han sumido las inteligencias mas privilegiadas del mundo, y estas dos simas son el materialismo y el panteísmo. Y bien ¿por qué estos ensayos repetidos por espacio de siglos presenten tan lamentable resultado, habremos de renunciar á la ciencia y entregarnos á los horrores de un desesperado escepticismo? ¿No hay mas caminos que nos conduzcan al templo de la verdad y de la sabiduría? Sí: le hay, si ponemos coto á nuestras miras ambiciosas, si no hacemos alarde de nuestra ciencia, si amoldamos nuestras indagaciones científicas á la estension de nuestras facultades de conocer, si fijamos, en fin, nuestro punto de partida, en el estudio del yo, haciéndole centro de todas nuestras escursiones sobre los otros dos mundos, el mundo sensible y el mundo racional. Me parece, dice Mad. Stael, que ha llegado el momento de crear una doctrina estable; la metafísica debe sufrir una revolucion semejante á la que causó Copérnico en el sistema del mundo, debe colocar nuestra alma en el centro y hacerla semejante al sol, en torno del cual trazan su órbita y reciben la luz los objetos exteriores. Este es el sistema psicológico, que en su desenvolvimiento ha llevado la misma marcha que todos los demás. Descubriendo las partes flacas del edificio empírico, agregando una idea á otra idea, un pensamiento á otro pensamiento, y madurando el tiempo los trabajos de todos, la escuela escocesa ha llegado á iniciar un sistema que será imperecedero, por ser incontestable la base en que se funda.

Sí: es la escuela escocesa la fundadora de esta nueva doctrina, pues si bien son muchos los filósofos desde Sócrates que tienen el presentimiento de ser el estudio de nosotros mismos el verdadero fundamento de la filosofía, nunca llegó á tener un carácter determinado, ni á constituir un método fijo y constante capaz de cimentar las ciencias filosóficas por este rumbo hasta la aparición de la escuela escocesa. La filosofía de Locke reinaba pacíficamente en la primera mitad del siglo XVIII en Inglaterra, si bien no faltaron algunos impugnadores durante la vida de este filósofo. Como esta filosofía conduce á la moral del placer, hallaba en Escocia una resistencia extraordinaria de parte de los hombres entendidos de aquel país, que, rígidos presbiterianos, no podían conciliar la moral religiosa, severa y árida, con la relajación á que conduce la moral empírica. Vieron mas, vieron el desenvolvimiento que iba recibiendo la doctrina de Locke en los escritos de Tindal, Collins, Mandeville y otros altamente ofensivos á la moral y á la religion, y por mas que subyugaran las doctrinas de Locke, que entonces se tenían por irrecusables, se rebelaban la razon y la conciencia á la vista del desbordamiento á que se veía la sociedad amenazada.

Locke, como ya vimos en la esposicion de su sistema, no reconoció otro origen de ideas que la sensacion y la reflexion, y desde este acto muchas ideas fundamentales que hay en el espíritu humano, que no representan ni una cosa percibida por los sentidos ó por la conciencia, ni una relacion entre las cosas percibidas por estas dos facultades, todas estas ideas y las verdades que se ligan á ellas se encontraron comprometidas por esta teoría. ¿Cómo se salvan estas ideas, entre las cuales están el principio de causalidad, el de sustancia, las ideas de bien y de mal moral, la eternidad, Dios? Tomando uno de los dos caminos, ó explicar estas ideas en la teoría de Locke, é negar esta teoría y probar, que si bien la sensacion y la reflexion son origen de ideas, hay tambien otros orígenes que aumentan los conociemien-

tos humanos. Los que tomaron el primer camino, y que naturalmente precedieron á los otros se llamaron *sentimentalistas* y los segundos *racionalistas*, y la esposicion de la marcha que llevaron estos filósofos es la historia misma de la escuela escocesa.

### FILOSOFOS SENTIMENTALISTAS.

#### SHAFTESBURY.

El primero que aparece entre los que buscaron en el instinto el origen de las ideas fundamentales del espíritu humano y particularmente la idea del bien moral, fué el conde de Shaftesbury (1671). Creía firmemente, como todos los filósofos de aquella época, que el hombre no tenía otro medio para adquirir ideas que los sentidos, y como repugnaba á su alma que la virtud no tuviera otro origen que las ideas sensibles, que solo pueden conducir al puro egoísmo, recurrió á las tendencias de nuestra naturaleza, suponiendo ser unas sociales y otras personales, inspiradas las primeras por el amor á nuestros semejantes, y las segundas por el amor á nosotros mismos. El desenvolvimiento de todas estas tendencias agrada ó desagrada al alma; pero este agrado ó desagrado es producido por una disposición íntima del alma misma, que desempeña estas funciones, y esta disposición es lo que llama Shaftesbury *sentido moral*, y de esta manera cree salvar el carácter desinteresado de las ideas morales, haciéndolas pasar por un sentido para no contrariar la teoría de Locke. Si las tendencias agradan á este sentido son moralmente buenas, y si desagradan son moralmente malas, y como las afecciones benévolas ó sociales causan al sentido moral un placer, que no causan las personales, es claro, que para este filósofo la virtud con-



siste en la satisfaccion de este placer; ó en verse realizadas las afecciones benévolas sobre las personales.

Shaftesbury, queriendo ser fiel á la doctrina de Locke, inventó el *sentido moral*, para dar entrada en el alma á las ideas de bien y de mal moral, consiguiendo asi que quede firme el principio empírico, de que nada entra en el entendimiento sin que haya pasado antes por el canal de los sentidos, que es la base de la filosofía de Locke.

#### BUTLER.

De cerca le siguió José Butler (1692) natural del condado de Berk y obispo que fué de Durham, quien ofendido tambien de las tendencias de la filosofía de Locke, especialmente en moral, reconoce, como Shaftesbury, la distincion de nuestras tendencias en sociales y personales, siendo, á su juicio, tan desinteresadas las unas como las otras, mediante á que las tendencias benévolas ó sociales tienen que entrar como elemento en el goce de las personales, porque en otro caso serian estas muy mezquinas. Asi es que Butler distingue el amor propio del egoismo y mientras engrandece al primero rebaja el segundo haciéndole indigno de las consideraciones morales. Butler no solo reconoce las tendencias personales y benévolas, sino que admite un principio superior, cuya funcion es apreciar moralmente esas mismas tendencias, para calificar las unas de buenas y las otras de malas, y aunque da á este principio el nombre de conciencia, no dice si la considera como un sentido ó como una facultad racional, siendo lo cierto que los partidarios del sentido moral, que escribieron despues, todos le reconocieron á Butler como afiliado á su doctrina.

## HUTCHESON.

Los dos filósofos, de que llevamos hecha mencion, no son mas que los precursores del verdadero fundador de esta escuela, que fué el Dr. Francisco Hutcheson (1694), profesor en la universidad de Glasgow, cuya influencia para derramar el gusto á la filosofía en Escocia fué inmensa. Escribió varias obras, siendo una de las principales la de *Indagaciones sobre nuestras ideas de belleza y de virtud*. Hutcheson es un discípulo de Locke, y ya que no se cree con fuerzas para sacudir el yugo, hace los mayores esfuerzos para que quepan dentro del sistema sus honrosas aspiraciones. No reconoce en el alma mas facultades que la inteligencia y la voluntad, y ni sospecha la existencia de la razon pura, y sienta por principio no existir otro origen de ideas que los sentidos en los términos que lo hace Locke. ¿Y por dónde hace Hutcheson entrar en el alma la idea de la belleza, cuando claramente no puede entrar por los sentidos corporales? Hay, dice este filósofo, otros sentidos que no son corporales, que no dependen de la organizacion, y que se llaman sentidos interiores ó reflexivos. La presencia de una cosa bella nos proporciona, dice Hutcheson, un placer muy distinto del que proviene del conocimiento de los principios, de las proporciones, de las causas y del uso de los objetos, siendo esta emocion instantánea é inmediata, como lo es la que causan los sentidos esternos. Tambien es desinteresada, y el labrador, que á la vista de una tempestad horrorosa ve desaparecer el fruto de su trabajo, no por eso deja de admirar el magnífico cuadro que presenta la naturaleza en el acto de su desbordamiento. Y esta belleza ¿aparece en los objetos mismos?. Sí, responde Hutcheson, la belleza consiste en la uniformidad combinada con la variedad, y aparece lo mismo en las obras de la naturaleza que en las de las artes, y si se advierte diversidad de

sentimientos en los hombres á la vista de lo bello, nace de la asociacion de las ideas, de la costumbre, de la educacion y otras circunstancias, pero que el fondo encierra una idea grande que hace conocer que el mundo es obra de una causa inteligente.

La misma marcha lleva este filósofo en la cuestion moral. Nosotros, dice, poseemos en nosotros mismos un sentido el mas divino de todos, que apercibe en los movimientos del alma, en las palabras y en las acciones, lo que es conveniente, bello y honesto. Este sentido es el que nos da naturalmente ciertas reglas, que sirven de norma á nuestro carácter, nuestra conducta y nuestro sistema de vida, y es el que, cuando seguimos sus consejos, escita en nosotros un vivo goce, asi como un vivo pesar cuando nos separamos, juzgando lo mismo respecto á nuestros semejantes. Este sentido sublime, que la naturaleza ha destinado á ser nuestro guia en el tránsito de la vida, se llama sentido moral, y es el que juzga todas las facultades, todos los movimientos, todas las intenciones del alma, y se arroga justamente sobre todas estas cosas una autoridad incontestable.

Pero Hutcheson no limita á uno solo los elementos que entran en la cuestion moral, es decir, no se limita al sentido moral, sino que supone un segundo elemento que es la benevolencia ó el amor al bien público, porque en su teoría el sentido moral es el regulador de las afecciones benévolas, las cuales son á su vez los móviles de los actos virtuosos. Tan imprescindible considera este filósofo la benevolencia, como el elemento de las acciones humanas, que resume en ella las cuatro virtudes cardinales. La templanza es moralmente buena, en cuanto se presta mas al servicio del género humano que la glotonería; la fortaleza no seria una virtud sino se destinara á la defensa del inocente, como no lo seria la prudencia si se la encerrara en los estrechos límites del interés personal; y si la justicia no tendiese á la felicidad de los hombres, seria una cualidad aplicable solo á la balanza, su atributo ordinario, y no á un ser racional.

Este es el sistema de Hutcheson, que ya es una aberracion de la teoría de Locke, pero una aberracion que solo tiene lugar haciendo violencia á los principios en que esta se funda, puesto que ha tenido que inventar este filósofo nuevos sentidos que jamás Locke reconoció ni podia reconocer, y además ha tenido que recurrir á los instintos de nuestra naturaleza para sustituir al mezquino egoismo, fruto de la filosofía empírica, con el noble y honroso sentimiento de la benevolencia. Hutcheson, subyugado por la filosofía de Locke, no pudo hacerse racionalista, y se contentó con ser sentimental.

#### KAMES.

Siguió de cerca á Hutcheson Enrique Home (1696) conocido con el nombre de lord Kames, magistrado de mucho concepto en Edimburgo, que despues de combatir el escepticismo de Hume, sin ocupar una posicion ventajosa para poderlo hacer, y de combatir tambien el espíritu cartesiano, por el empeño de querer demostrarlo todo, se convierte en defensor de los sentidos internos ó reflexivos, para explicar las ideas de lo bello y del bien moral, llevando en este punto su exageracion, hasta multiplicarlos indefinidamente, dando á cada idea, ya sea primitiva ó ya proceda del razonamiento, un sentido aparte, y asi, para este filósofo, el principio de que todo fenómeno supone una causa, tiene un sentido particular, la existencia de Dios otro, los signos exteriores de las pasiones, que hacen que sean iguales en todos los hombres, otro, y hasta reconoce ser un sentido el que nos descubre el porvenir.

Males causó el empeño de querer demostrarlo todo, pero aun mas funesto es á los progresos de las ciencias filosóficas el empeño contrario de reconocer para cada cosa una entidad, convirtiendo la filosofía en un campo de Agramante, donde nadie se en-

tenderia, y sin poder satisfacer ni al sentido comun ni á la ciencia.

### SMITH.

El padre de la economía política, Adan Smith (1723) no fué tampoco extraño al movimiento filosófico en Escocia; vió este espíritu creador el peligro que corrian las creencias mas respetables y mas sagradas del género humano con la doctrina reinante de Locke, y se propuso reparar la brecha abierta al principio de moralidad, que se hallaba reducido al mezquino egoismo. Para ello no recurrió como Hutcheson á la invencion del sentido moral, y ya que no pudo arribar á presentarse como racionalista, porque estaba reservado á otro filósofo, y que aun no se hallaba preparado el terreno para un cambio tan radical, acudió á los instintos de nuestra naturaleza en busca de un principio desinteresado, noble y grande, y entre todos ellos se fijó en el de la simpatía.

El hombre, dice Smith, que advierte en otro cierto sentimiento ó cierta pasión, tiende naturalmente, sin que intervenga ni la voluntad ni la razón, á reproducir en sí esa misma pasión y ese mismo sentimiento. Esta disposición de nuestra alma á ponerse en armonía con la disposición sensible en que vemos á otro individuo, se experimenta á cada momento de la vida. La madre que acaricia á su niño, el hombre que sufre, que teme, que llora, que rie, provocan naturalmente á los que lo ven á ponerse en la misma disposición. Lo mismo sucede respecto á los animales, la vivacidad de un pájaro provoca al salto, los visajes del mono á los movimientos mímicos, la serpiente á los movimientos undulatorios, y esta tendencia á simpatizar con todas las impresiones causadas por la sensibilidad, son tan fuertes, que se desarrollan en las grandes concurrencias, en las representaciones teatrales,

en las asociaciones de todos géneros, y en los niños con una energía asombrosa, como que la razón no puede oponerlas ninguna resistencia. Cuando nos vemos arrastrados de una pasión, delante de personas que no participan de ella, naturalmente la aminoramos, para ponernos en armonía con sus pacíficos sentimientos, así como ellos experimentan una emoción simpática para ponerse al nivel del estado de nuestra alma conmovida. El desahogo de un hombre colérico es siempre más fuerte en presencia de su mujer y de sus hijos, que en presencia de personas extrañas. Y en todos estos hechos no obra la razón, no obra la voluntad, y solo obra el instinto.

¿Y cómo deduce de aquí Smith los fenómenos morales? Si simpatizamos, dice, con los sentimientos de otro, es claro, que los aprobamos, y si no simpatizamos, no los aprobamos. Esta aprobación que emana de la sensibilidad, y en la sensibilidad del fenómeno instintivo de la simpatía, es verdaderamente moral, y es la que debe servirnos de guía, para calificar las acciones de los demás, que son buenas ó malas moralmente según la simpatía ó antipatía que á su vista experimentamos. Y si se trata de calificar nuestras propias acciones, Smith no se detiene en esta grave dificultad, y es grave porque en su sistema se suponen otras personas más que la nuestra, y estas otras personas faltan cuando se trata de calificar nuestras acciones propias. Sin embargo, Smith hace al hombre espectador imparcial de sus propias acciones, para calificarlas, en la forma que lo haría, si las viera en otra persona, y si la pasión en momentos dados puede impedirnos hacer este exámen imparcial, queda reservado, para cuando la pasión se desvanezca y la razón recobre su imperio. Por consiguiente, la bondad de una acción, según Smith, está en razón directa del asentimiento que escita en los demás hombres, y será la acción tanto más moral, cuanto mayor sea la simpatía, y será completa, si simpatiza con la humanidad entera. ¿Y cuáles son las acciones que escitan la simpatía, y, por lo

tanto, que son meritorias y nos causan placer? Las acciones benévolas. ¿Y cuáles son las que escitan la antipatía, son demeritorias y causan remordimientos? Las acciones malévolas. De manera, que si se estableciese entre los hombres una armonía de disposiciones benévolas que concurriesen todas á un mismo fin, resultaria una armonía perfecta, que no solo seria la virtud realizada, sino que seria este un espectáculo, que presentaria todos los encantos de la belleza.

Sentada la simpatía como ley moral, deduce de ella las virtudes, que distingue en virtudes amables y en virtudes austeras, sin que le detenga en su esplicacion la imposibilidad que debió encontrar en fundar la virtud sobre la simpatía, puesto que, siendo la esencia de la virtud la libertad, para que el hecho se haga meritorio, debió repugnarle á Smith quererla cimentar en un hecho fatalísimo, como es la simpatía. El sistema de Smith, es, pues, incompleto, y por consiguiente falso, toda vez que intenta construir una moral libre sobre una base que es el puro fatalismo.

#### FERGUSON.

Tambien pertenece á los filósofos sentimentalistas Adan Ferguson (1724) natural de Perth, en Escocia, y profesor en Edimburgo, conocido tambien como historiador y como político. Con marcadas tendencias al método psicológico, que recibió despues toda su perfeccion, pero sin poderse desprender de la influencia que sobre su alma ejercian las doctrinas de Locke, divide las facultades del alma en facultades cognitivas y facultades activas. En las primeras entran la conciencia, la sensacion, la observacion, la memoria, la imaginacion, la abstraccion, el razonamiento y la prevision, y en las segundas los instintos, los deseos, el sentimiento y la voluntad. En esta division ya se deja conocer el discípulo de Locke, porque no encontró ni un rincon en el alma,

donde colocar la razon, y asi no es extraño, que cuando despues designa las facultades, que á su juicio son origen de ideas, pone la conciencia, la percepcion, el testimonio y el razonamiento, y aun de estas, dice, que solo las dos primeras, la conciencia y la percepcion, son las únicas que nos dan ideas originales, lo que equivale á reproducir la doctrina de Locke, que solo admite la experiencia sensible y la reflexion como origen de ideas.

Pero Ferguson, como todos los filósofos escoceses, llevado del mismo sentimiento de nobleza y honradez, no podia transigir con la moral del placer, á que conducia la filosofia de Locke, y resuelto á salir de tan estrecho círculo, se lanzó á la cuestion moral, creyendo esplicarla en el terreno del desinterés y de la virtud, sin desprenderse de los principios empiricos, empresa dificil, pero que agotó su ingenio para presentarla. Por lo pronto buscó la facultad por la que adquirimos el conocimiento de la ley moral, y como no pudo acudir á la razon, que está desechada en su teoría, recurrió á la conciencia y al razonamiento, y desde este acto no encontró otro elemento que la experiencia, como sucede á todo filósofo empírico, y como la experiencia no nos dá mas que hechos, se vió imposibilitado de encontrar la ley, y solo, á fuerza de interpretaciones y tergiversaciones, pudo presentar su teoría. Analiza despues las facultades activas, que concurren á la realizacion de la ley moral, y pone en primer término la voluntad, que es la que ejecuta sus prescripciones, y además el instinto, el sentimiento y el deseo que favorecen ó contrarian las determinaciones de la voluntad. En fin, reduce las formas de la ley moral á tres, ley de conservacion, con lo que cree satisfecha la teoría de Locke, como limitada al bienestar material; ley de sociabilidad, como transigiendo con los instintos, y especialmente con la teoría de la simpatía de Smith, que ya conocia; y ley de perfeccion, inventada por el mismo Ferguson; creyendo, que las dos primeras no llenaban todas las prescripciones de la ley moral.



La teoría de Ferguson se resiente, como dije antes, en su base. Deseo conservarme, no es mas que un deseo; ansío instintivamente asociarme con mis semejantes, no es mas que un instinto; quiero perfeccionarme, no significa nada, si no se da á conocer el tipo de perfeccion; y ni el deseo, ni el instinto, ni la perfeccion sin tipo constituyen la ley moral, la ley imperativa, la ley obligatoria. El deseo, el instinto, la perfeccion sin base son hechos, que por mas que se quieran generalizar, entre los hechos y la ley hay un abismo, y este abismo se ciega, con solo reconocer otro origen de ideas distinto de la percepcion y la conciencia, con solo reconocer la razon, que Ferguson borra de su teoría, y que es el único conducto que nos pone en comunicacion con los primeros principios, y entre ellos con la ley moral, porque es la facultad del absoluto.

## MACKINTOSH.

El último representante de esta escuela es Santiago Mackintosh (1766) conocido como jurisconsulto, como erudito y como filósofo. Nació en el condado de Inverness, y habiendo permanecido muchos años en las posesiones inglesas de la India, contribuyó mucho á los grandes progresos que se han hecho de un siglo á esta parte en el conocimiento de las lenguas orientales. Como buen escocés, tambien fué objeto de su pluma la cuestion moral, haciendo el mismo esfuerzo por sacudir el yugo de Locke. En su *Historia de la filosofia moral* paga su tributo á este filósofo, reconociendo ser la utilidad el criterio de la moralidad de las acciones, pero luego se separa, convirtiendo la conciencia en un sentimiento independiente de la utilidad, cuyos fautores son los sentimientos personales y los sentimientos sociales, y dotada de toda la autoridad necesaria para declarar buenas unas acciones y malas otras. La obediencia que debe prestarse á la conciencia conce-

bida de esta manera no es obra de la conviccion sino del sentimiento, como resultado del placer que causa toda afeccion benéfica. ¿Esta teoría es mas que la simpatía de Smith? Asi es, y asi lo confiesa el mismo Mackintosh, cuando dice, que la conciencia rehusa su aprobacion á todo lo que es contrario á la simpatía, porque á su juicio la ley de la conciencia se confunde con la ley de la simpatía, que es la que domina nuestras afecciones, nuestros placeres y nuestras penas. Mackintosh, filósofo sentimentalista, buscó un hecho fatal como fundamento de la moral, para librarse de los lazos de Locke, y no ha hecho mas que enredarse en sus propias redes, para no dejar de ser empirico.

En todos estos filósofos descubrimos las mismas tendencias, el mismo espíritu, el mismo respeto á las doctrinas de Locke. Por una parte conocian, que colocar en el amor propio el móvil de todas nuestras acciones, era lo mismo que confesar que no hay mas bien ni mal moral que el interés personal, y este egoismo les repugnaba estraordinariamente, siendo el resultado no poder conformarse en este punto con las doctrinas de aquel filósofo. Por otra parte, creian, como Locke, que la razon era una facultad muy buena para hacernos ver las cosas como sen en sí, pero de ninguna manera para representárnoslas como buenas ó como malas, porque el aparecer buenas ó malas, agradables ó desagradables, es un acto que corresponde á la sensibilidad, en términos, que si el hombre no fuera mas que inteligente, y no sensible, todo en este mundo le seria indiferente. ¿Y cómo estos filósofos se mantienen fieles á la base sentada por Locke en la cuestion moral y desechan la consecuencia que de ella se deduce? ¿Cómo desconocen la razon, como origen de ideas, y admitiendo solo la esperiencia, rechazan el egoismo y la moral del placer, que es su consecuencia? Recurriendo á los instintos, ya simbolizándolos todos bajo el nombre comun de un sentido, como ha hecho Hutcheson, ó ya dando la preferencia á un instinto, como ha hecho Smith. De todas maneras estos filósofos hicieron un gran

servicio á la filosofía, haciendo conocer que el principio moral es y tiene que ser eminentemente desinteresado, incompatible, por consiguiente con la moral egoista proclamada por el sistema empírico, y que si bien han desconocido el elemento racional, no serán jamás perdidos para la filosofía los profundos estudios que han hecho sobre nuestros instintos, nuestras tendencias, nuestros sentimientos, elementos de nuestra constitucion, y uno de los principales móviles de nuestra conducta; y si obcecados por la teoría de Locke, no llegaron á comprender que por cima de los instintos está la razon empírica, encargada de convertirlos en pro del interés personal, y que por cima de la razon empírica está la razon intuitiva, que por medio de una concepcion á priori, nos descubre la ley moral, la ley imperativa, la ley obligatoria, abrieron, sin embargo, la puerta á sus sucesores, para sentar la moral sobre sus verdaderos fundamentos, haciendo conocer, como luego veremos, que el hombre está obligado á practicar el bien moral, porque sus instintos le arrastran á ello, porque su interés bien entendido se lo aconseja, porque la razon intuitiva se lo prescribe, y se lo prescribe como ley.

### FILOSOFOS RACIONALISTAS.

Ya es tiempo de entrar en la historia de la verdadera escuela escocesa. Los filósofos sentimentalistas no han hecho mas que conmovier el edificio empírico, y es llegado el caso de demolerlo. Estos filósofos creían que el principio moral no podia tener por origen la sensacion, porque la sensacion no puede dar otras ideas de bien y de mal, que el placer y el dolor sensibles, y no acertando á resolver el problema, recurrieron á los instintos, que si bien no mejoraron su causa, por lo menos apareció en sus manos el principio moral desinteresado, y no puramente egois-

ta, conforme á la filosofía empírica. Ahora nos vamos á colocar en otro terreno, no será la cuestion moral el único punto de discusion, ni tampoco serán los instintos los que nos ocupen. Si el sentimiento ha combatido la sensacion en la escuela que acabamos de examinar; ahora la razon combatirá al sentimiento, y de esta manera marcharemos por una escala gradual, pasando de los filósofos sensualistas á los filósofos sentimentales, y de estos á los filósofos racionalistas, siendo el gefe y padre de la filosofía escocesa el filósofo de Strachan.

#### REID.

Tomás Reid nació en Strachan (1710) cerca de Averdeen; era hijo de un ministro protestante y despues de hacer sus estudios en esta última ciudad bajo la direccion del Dr. Turnbull, obtuvo una plaza de bibliotecario y despues de profesor en aquella universidad, hasta que pasó á la de Glasgow á ocupar la plaza que Smith habia dejado vacante. Retirado de la enseñanza en 1780, se consagró á la confeccion y publicacion de sus obras, sin que su larga vida de ochenta y cuatro años ofrezca ninguna particularidad, fuera del singular mérito contraído como filósofo eminente en sus muchas producciones, y especialmente en sus *Ensayos sobre las facultades intelectuales y facultades activas*, en los que consigné sus doctrinas y dió á la filosofía una direccion hasta entonces desconocida.

Reid comenzó á darse á conocer, como filósofo original, por la teoría de las ideas representativas, y se envaneci6 de su obra. En la filosofía moderna rein6 constantemente una opinion, que todas las escuelas tuvieron por incuestionable, y mientras diferian absolutamente en la base y disputaban sobre todos los puntos de gravedad, todas convinieron en que la realidad del mundo exterior era indemostrable. El argumento que formaban era

el siguiente. Para la percepcion esterna concurren tres términos; la cosa que se trata de conocer; la idea de esta cosa, que viene al alma, y el alma que adquiere este conocimiento. Pues bien, el alma percibe la idea y nada mas que la idea, sin poder asegurar si aquella idea es un fiel trasunto de la cosa, porque entre la idea y la cosa hay un abismo. Asi lo dijeron, entre los idealistas, Descartes, que para salvar este escollo recurrió á la veracidad divina; Mallebranche, que se hizo escéptico, y Berkeley, que hiz profesion formal de escepticismo; y asi lo hicieron, entre los empíricos, Locke, Condillac, y Hume, fundados en esta misma doctrina, lo cual creó un escepticismo absoluto, negando la existencia del mundo material y del mundo invisible, siendo notable que en esta cuestion todos los filósofos, idealistas y empíricos, todos fueran idealistas. Estas ideas representativas, estas ideas intermedias, entre el alma y el objeto son las que combatió Reid, haciendo ver que no hay tales ideas intermedias, que el alma se apodera directamente de los objetos, en virtud de los instrumentos y facultades cognitivas de que está dotada, que en haber abordado los filósofos esta cuestion no han hecho mas que desacreditar la filosofia; que el querer probar la existencia de los cuerpos es un objeto de irrisión á los hombres de buen sentido, que no dudan que hay sol, que hay estrellas, y están seguros de su existencia, sin necesidad de que se lo prueben los filósofos, y en fin, que esas ideas intermedias, si son de alguna entidad, es preciso suponerlas ó que son cuerpos ó que son espíritus, y ya se suponga lo uno ó lo otro, se complica la cuestion estraordinariamente, surgiendo en ambos casos dudas insolubles. Con este motivo Reid lanza rayos contra los filósofos que han creido deber demostrarlo todo, siendo este á su juicio el gran pecado de Descartes. La ciencia, dice, no está llamada á esplicarlo todo, y lo mismo que la percepcion es un acto de fé, que descansa en la veracidad de nuestras facultades, en el mismo caso se hallan todos los hechos simples y primitivos, que todos son

irreducibles, y que lejos de ser un objeto de la ciencia, son los que sirven de fundamento á la ciencia misma. De esta manera Reid destruyó por su base las teorías escépticas de Berkeley y de Hume.

Pero Reid no se detuvo aqui, sino que se propuso poner coto á las exageraciones científicas, que tantos males causan á los verdaderos progresos de la ciencia. El objeto de la filosofía debe reducirse á la descripción de los fenómenos del espíritu humano y solo de los fenómenos, y así es que Reid procura siempre ahorrarse la palabra sustancia hablando del alma, para no comprometerse en cuestiones metafísicas. También quiere Reid hacer conocer la línea que separa los dos mundos, el mundo inteligible y el mundo material, para que jamás se confundan, haciendo ver que cada uno de estos dos mundos tiene hechos distintos, instrumentos de observación distintos y métodos distintos, y achaca la causa de los pocos adelantos que se han hecho en filosofía á la lastimosa confusión de unos fenómenos con otros. Reid quiere también que el filósofo sea modesto en sus pretensiones, y que cuando se consagra al estudio de los fenómenos, los vaya ligando hasta el descubrimiento de un hecho primitivo, que sea irreducible y del cual debe valerse para la explicación de los demás. Cada ciencia tiene cierto número de hechos irreducibles, que son otras tantas leyes, todas independientes, y así la lógica tiene las suyas, la gramática, la física, la psicología, todas tienen sus leyes propias, que son el término de las indagaciones científicas. Reid en seguida recorre las ciencias y da la lista de todas estas leyes dividiéndolas en principios necesarios y contingentes, verdaderos en sí los primeros y verdaderos los segundos en el curso de la naturaleza establecido por Dios. Para Reid no hay más filosofía que el estudio de los hechos, hasta tropezar con el hecho más simple, que es el método baconiano aplicado al espíritu humano y lanza un terrible anatema contra las hipótesis, que teniendo por fundamento las intuiciones rápidas

de la razon, sumen á los filósofos en lo infinito, para no ver mas que fantasmas y visiones.

La teoría de la cuestion moral de Reid es como un ensayo que ha hecho de su propio método, esto es, del método psicológico. Para que un hecho sea moral, es preciso, que concurren en el agente dos circunstancias; 1.º que sea libre y 2.º que entre los motivos que le precisan á obrar haya uno, que tenga el concepto de principio moral. Reid prueba la libertad por la experiencia, y al esplicar los motivos de nuestras acciones, los divide en tres clases: principios mecánicos, como son el instinto y el hábito; principios animales, como son el apetito, el deseo y las afecciones, y principios racionales, como es la razon empírica cuando reconoce por base el amor propio, y la razon intuitiva, cuando reconoce por base el bien en sí ó el principio moral propiamente dicho. Esta teoría, que descansa en un estudio profundo del alma, es magnífica, y destruye por su base la moral del interés iniciada por Locke y desenvuelta por Helvecio, la moral simpática de Smith, el sentido moral creado por Hutcheson y cuantas han querido darse por otros filósofos. Mas adelante tendremos ocasion de presentar con mayores detalles esta teoría.

#### PRICE.

No le faltarán á Reid colaboradores, para destruir la obra levantada por Locke sobre el origen de las ideas. Ricardo Price (1723) natural del pais de Galles, ministro disidente, fué uno de los filósofos, que con mas calor combatió la moral del interés y la moral instintiva, en la obra que publicó titulada, *Revista de las principales cuestiones y dificultades en moral*. Dirigió principalmente su polémica contra Hutcheson. Este filósofo, como vimos antes, pretendió probar, que las ideas de bien y de mal son ideas simples y originales, que siendo simples y originales, se derivan.

necesariamente de un sentido, y que siendo todo sentido un principio arbitrario de nuestra constitucion, el bien y el mal moral son relativos á nuestra constitucion, como lo es lo dulce y lo amargo, y mudarian de naturaleza, si nosotros mudáramos de organizacion. Este fué el recurso, que inventó Hutcheson, para salvar las ideas morales dentro del sistema de Locke, ya que no podia sacudir el yugo de este filósofo. Price, rebatiéndole, confiesa, que las ideas de bien y de mal moral son simples y primitivas, pero niega que se deban á un sentido, que se vea agradablemente afectado por unas acciones y desagradablemente por otras, porque niega el carácter de relatividad, que en este caso se daría al principio moral, haciéndole depender de la sensibilidad. Las ideas de bien y de mal moral son obra de la razon, y expresan cualidades reales de las acciones que están adheridas á las cosas, y la naturaleza de las cosas es inmutable. Todo juicio moral verdadero expresa una verdad absoluta, inmutable, eterna, que no es subjetiva sino objetiva, como lo son todas las concepciones *á priori* de la razon.

Price señaló el vicio capital de la teoría de Hutcheson, tomado de la filosofia de Locke, y con este motivo combate esta filosofia en la gran cuestion del siglo XVIII sobre el origen de las ideas, haciendo ver, que lejos de ser las ideas de tiempo, de espacio, de causa, un producto de la esperiencia, son, por el contrario, un antecedente lógico y necesario, para que la esperiencia dé sus frutos naturales.

#### BEATTIE.

Si no fué un filósofo original, fué un propagador de las doctrinas de la escuela escocesa, el literato y gran poeta Santiago Beattie (1735) natural del condado de Kincardine en Escocia. Son muchas las obras que publicó animadas todas de un mismo



espíritu, pero la principal fué la que tituló: *Ensayo sobre la verdad*. Para Beattie la creencia es un acto simple del espíritu, que no admite definicion, y así la verdad es lo que la constitucion de nuestra naturaleza nos precisa á creer, y la falsedad lo que la misma constitucion nos precisa á no creer. Reconoce dos especies de verdades, la que percibimos por medio de una prueba, y la que percibimos inmediatamente conforme á las leyes originales de nuestra constitucion. Dice, ser esta última una facultad del espíritu, que percibe la verdad que le impone la creencia, por un impulso instantáneo, instintivo, irresistible, derivado, no de la educacion ni del hábito, sino de la naturaleza, y la da el nombre de *sentido comun*. Despues de recorrer Beattie la evidencia de las ciencias matemáticas, la evidencia de los sentidos esternos, de la conciencia, de la memoria, la evidencia de los razonamientos probables y fundados en la analogía, y esta especie de evidencia que nos determina á creer en el testimonio humano, concluye diciendo que no podemos creer absolutamente en nada, si no creemos en muchas cosas sin pruebas, que todo buen razonamiento debe en último análisis apoyarse sobre los principios instintivamente ciertos ó instintivamente probables, y por consiguiente, que el *sentido comun* es el juez, en última instancia de la verdad, y que la razon debe estarle continuamente subordinada.

Beattie en la cuestion moral es racionalista como Reid, y cuando contesta á los filósofos sensualistas sobre la virtud que tienen las acciones buenas ó malas de ser agradables ó desagradables, indicando con esto ser su procedencia de la sensibilidad, lo hace de una manera satisfactoria, diciendo, que la aprobacion moral es un fenómeno complejo, compuesto de dos elementos, uno que es un sentimiento agradable, y otro que es una decision del juicio ó de la razon, que el uno sigue al otro absolutamente, como el efecto sigue á la causa, y que la conducta agena ó la nuestra no nos causaria ni un sentimiento agradable ni una emo-

cion desagradable, si desde luego no la juzgáramos justa ó injusta. La cualidad de eminente poeta y el giro agradable que Beattie dió á sus escritos, contribuyó mucho á la propagacion de las doctrinas escocesas.

#### OSWALD.

Santiago Oswald (1750) tambien escocés, escribió una obra titulada: *Llamamiento al sentido comun en favor de la religion*, cuyo titulo descubre desde luego el espíritu de moderacion en las indagaciones filosóficas, que es el carácter especial de la escuela escocesa. Su objeto principal en la obra es hacer la apología del cristianismo, y con este motivo combate el empeño de los filósofos antiguos y modernos de querer demostrarlo todo, perdiéndose en especulaciones imaginarias sobre el ser, sobre el valor ontológico de las ideas y otras mil cuestiones, que siendo insolubles, perjudican notablemente á la verdad, y amenguan el verdadero interés de la filosofía, siendo su resultado, que la duda y la incredulidad se apoderan de los espíritus, sin que hayan bastado dos mil años de trabajos filosóficos, para dar estabilidad á alguna teoría determinada, á algun sistema, siendo este el vicio radical de la filosofia de todos los tiempos. ¿Y cuál es el remedio que aplica Oswald para curar un mal tan grave? El remedio es muy sencillo, limitarse en las indagaciones científicas á los datos que suministra el sentido comun, y no traspasar esta línea. El sentido comun, segun este filósofo, da los principios para resolver los grandes problemas sobre Dios, sobre el hombre y sobre la naturaleza, y dándolos por sentados, subordinando á ellos las cuestiones que puedan suscitarse, desaparecerán las pretensiones quiméricas, que han querido decorarse con el bello nombre de metafísica, y la filosofía, encerrada en sus verdaderos límites, lle-

nará las condiciones de verdadera ciencia. Tendremos ocasion de hablar mas adelante de esta timidez que caracteriza á la escuela escocesa.

#### DUGALD STEWART.

El último representante de esta escuela es Dugald Stewart (1753) natural de Edimburgo, y profesor primero de matemáticas y despues de filosofía moral en aquella universidad. Fiel discípulo de Reid, acabó la obra comenzada por éste, fijando los caracteres de la filosofía escocesa, hasta el punto de constituir una verdadera escuela. Lo mismo para Reid que para Dugald Stewart, en el universo no se conocen mas séres que espíritus y cuerpos, y aun cuando se dispute, sobre si ambos constituyen una sola sustancia ó si hay entre ellos una diferencia radical, á nosotros se nos presentan con cualidades enteramente distintas que son objeto de dos ciencias tambien distintas. Pero la ciencia de los espíritus viene á refundirse en el estudio de nuestro propio espíritu, suponiendo el espíritu de nuestros semejantes igual al nuestro, y descubriendo por el estudio de este el espíritu de Dios, que de frente nos es inaccesible. Por consiguiente todo el campo de la filosofía está reducido al estudio del espíritu humano, no en su sustancia, sino en sus fenómenos, y este es el objeto de la ciencia.

¿Y cómo debe procederse en el estudio de los fenómenos del espíritu humano? Ni mas ni menos que como se procede en el estudio de los cuerpos, dice Dugald Stewart, puesto que el método que de un siglo á esta parte se ha aplicado en el estudio de las ciencias naturales que tienen por objeto los cuerpos, ha dado resultados magníficos y los está dando actualmente en todas las ciencias de aplicacion. ¿Y cuál es este método? El método de Ba-

con, que es valerse de la observacion y la induccion. Si las ciencias naturales han hecho tantos progresos, y si la ciencia del espíritu humano no los ha hecho ha consistido en que en las primeras se han ceñido los filósofos estrictamente al método baconiano, mientras en las segundas se han entregado á discusiones vagas suministradas por la analogía y la hipótesis; ha consistido en que mientras en las primeras han desistido los filósofos de querer penetrar las causas y las sustancias y han limitado sus indagaciones al estudio de los fenómenos y atributos, que es lo único que podemos conocer de la realidad, se han lanzado en las segundas á la averiguacion de las sustancias y las causas, que serán eternamente un misterio á nuestra débil inteligencia; ha consistido, en fin, en que mientras en las primeras los filósofos han respetado las verdades primeras, que presupone la ciencia, como la constancia, por ejemplo, de las leyes de la naturaleza y la veracidad de nuestros sentidos, han puesto en discusion en las segundas los principios mas irreducibles de la razon, las primeras verdades del sentido comun hasta llegar á negar la existencia de los cuerpos y hasta la existencia propia. Que el estudio del espíritu humano se haga en la forma que se hace el de las ciencias, reduciéndole á los atributos y fenómenos del espíritu, única parte capaz de ser observada, que se abandonen las analogías y las hipótesis, poniendo en su lugar la observacion y la induccion, y que se respeten los primeros principios, las primeras verdades del sentido comun, y Dugald Stewart cree firmemente, que los filósofos estarán en el camino de los descubrimientos, y la ciencia del espíritu llegará á la mayor altura en las condiciones de este mundo.

Pero Dugald no se limita á señalar los escollos en que se han estrellado todos los filósofos desde Thales, y que deben evitarse, sino que presenta de lleno las razones directas, que justifican su método. El objeto del conocimiento, dice, varia segun la diversidad de las ciencias, pero el instrumento por el que adqui-

rimos el conocimiento siempre es el mismo, que es la inteligencia humana. ¿Quién duda, pues, que el primer paso que debe darse en el estudio de las ciencias es conocer el instrumento de que tenemos que valernos para penetrar en ellas? ¿No será mejor conocer sus imperfecciones, sus leyes, su estension, para no exigirsele mas que lo que permitan sus condiciones naturales, á fin de que el empleo que de él se haga sea mas seguro para llegar al descubrimiento de la verdad? Luego el estudio del espíritu es la primera condicion de la ciencia. El conocimiento del espíritu suministra á la lógica sus bases, á la moral y á la educacion los móviles del corazon, á la poesía, á la música, á la retórica los encantos para conmover y persuadir, y á todas las artes las reglas, que no son mas que inducciones del estudio del espíritu humano.

Bien que la ciencia comience por el estudio del espíritu, y bien que desterremos de este estudio todo razonamiento fundado en la analogia y la hipótesis, y nos atengamos solo á la observacion y la induccion ¿habrá de ser esta observacion y esta induccion la misma que se aplica al estudio de las ciencias naturales y ha dado tan brillantes resultados? De ninguna manera, dice Dugald, porque las realidades que son objeto de estudio son enteramente distintas en un caso que en otro. En el primeros son los fenómenos del cuerpo, y en el segundo son los fenómenos del espíritu, y aunque unos y otros fenómenos son observables, no lo son de una misma manera. Los sentidos nos dan á conocer los fenómenos de los cuerpos, y solo el alma nos da á conocer los fenómenos del alma. La observacion en el primer caso es una observacion esterna, porque el objeto está fuera, y la observacion en el segundo es interna y psicológica, porque el objeto está dentro, pero en ambos casos es la observacion la que va del espíritu al objeto exterior ó del espíritu al espíritu por el estudio de sí mismo.

¿Y el alma puede estudiarse á sí misma? ¿Y por qué no, dice

Dugald Stewart, cuando el Criador nos ha dotado de la conciencia, esa facultad que tiene el alma de reflejarse sobre sí misma, y estudiar sus mas recónditas operaciones? Es verdad que son estas numerosas y complicadas, que no pueden estudiarse en la niñez en sus elementos primitivos, cuando empiezan á funcionar, y que aun funcionando, la atencion se fija en el objeto que motiva el desarrollo de sus operaciones, pero no por eso se hace imposible la observacion, recordando las operaciones pasadas y auxiliándose de los resultados que ofrecen las lenguas, la conducta y opiniones de los hombres, y la historia de la filosofia, que no son mas que un gran panorama, que presenta las vastas y complicadas combinaciones del espíritu humano en la práctica de la vida.

No se crea, dice Dugald, que el método psicológico presenta un acceso fácil al descubrimiento de la verdad en el inmenso campo de la filosofia, y el creerlo asi, seria un error gravísimo. Lo que se consigue con este método es ponerse en el verdadero camino sembrado de dificultades, como lo es siempre el que conduce al templo de la sabiduría, y la prueba la tenemos en las ciencias naturales, que marchando como marchan por este rumbo, y á pesar de los esfuerzos de tantos hombres competentes, es nada lo que se sabe respecto á los descubrimientos que tienen que hacerse, y se hallan aun ocultos con el velo de la naturaleza. Asi tiene que suceder en el estudio del espíritu humano, y Dugald aconseja que cada uno ponga un poco, y el tiempo y la perseverancia madurarán el fruto, que tiene que ser obra de los siglos. Queriendo dar el ejemplo este filósofo se pone á la obra y ha enriquecido la ciencia del espíritu con observaciones ingeniosas y delicadas sobre la percepcion esterna, la asociacion de las ideas, la memoria y las principales facultades que concurren al perfeccionamiento de las ciencias estéticas y morales.

Este es el resultado que ofrece la historia de la filosofia escocesa en su conjunto, y si bien en su importacion al continente

ha recibido graves modificaciones, tiene el singular mérito este sistema de haber sentado las bases de una filosofía experimental, que salvando los inconvenientes del materialismo y del panteísmo, en que hemos visto precipitarse el empirismo y el idealismo, asegure el triunfo de la verdadera filosofía, bajo los principios del sentido comun.

